

Tradición injustificada

Por GUILLERMO FRANCO SALAZAR

La humanidad ha necesitado milenios para organizarse en diversas instituciones: buenas, no tan buenas y francamente malas; entre las primeras se encuentra la familia, cuya raíz y tronco es la madre. El padre es la rama principal y es, por tal razón, que las ramas pueden ser muchas y el tronco siempre es uno. Los hijos son los frutos naturales del árbol familiar: nacen, crecen y se hacen hombres y mujeres mediante una larga, abnegada y no siempre provechosa cosecha.

También forman parte de la familia las madres de nuestras parejas, quienes arrastran una negra leyenda, a veces con justificación, y muchas más sin ella.

Tal posición familiar es objeto habitual de reserva, cuando no de verdadero rechazo, a extremos que ese nudo familiar se ha convertido en sinónimo de hostilidad y punto de referencia despectivo. Esa realidad, que la tradición casi ha consagrado, es una forma reprobable y casi siempre injustificada de referirnos a personas que merecen respeto y cariño, aunque sea por el sólo hecho de haber traído al mundo a quienes comparten nuestras vidas.

Creo que es de elemental delicadeza y justicia aceptar y proclamar que una mayoritaria proporción de las suegras son intachables, lo que no obsta para que las haya impresentables. Tampoco la totalidad de los yernos y nueras son seres angelicales, por lo que debemos ser más reflexivos, sensatos... y agradecidos cuando criticamos a quienes, muchas veces, no son mejores porque nosotros somos peores.

Lo grave de las malas costumbres es que llegan a convertirse en tradiciones y, con el transcurso del tiempo, devienen sentencias sagradas.

Muchas mujeres casadas no encuentran una sola faceta positiva en sus suegras, lo que parece advertir mucho de olvido e ingratitud.

He conocido situaciones familiares en las que ni el yerno ni su suegra fueron encomiables; en otros casos, la anciana era víctima de los caprichos y abusos del yerno y de la propia hija.

Si tenemos presente que para cada pareja hay dos madres, resulta lógico que en cientos de millones el surtido sea muy diverso.

Imaginemos a una madre que trae al mundo a una niña, sufre los dolores de su alumbramiento después de nueve meses en los que pueden abundar molestias de todo tipo, la amamanta, viste y calza, le dedica todo su amor, se sacrifica a extremos de ser capaz de renunciar hasta a su propia existencia si es menester, y cuando la contempla mujer tiene que resignarse a verla enamorada y más tarde casada con un hombre que no la respeta, la trata groseramente, se considera facultado para cometer toda clase de tropelías y, además, se siente malquerido por la madre de su esposa (su suegra), porque él considera que merece más de lo que recibe y, para colmo, cree que la anciana debe rendirle pleitesía.

¿Nos hemos detenido a pensar lo que pasa por la mente de una madre que tiene que soportar que su adorada hija comparta su existencia con un troglodita?

¿Ha sentido usted, estimado lector o lectora, lo que siente una madre cuando se veja a su hija ante su presencia?

Los hombres vivimos convencidos de nuestra superioridad. Parece que le hiciéramos un favor a la mujer a quien le declaramos y juramos amor. La joven, por inexperiencia y llevada por sus sentimientos, es incapaz de aquilatar lo bueno y lo malo de su pareja, pero para una madre, y sobre todo para una anciana, basta una mirada para evaluar al hombre que pretende a su hija.

Son muchas las mujeres jóvenes que estudian y trabajan y salen de sus casas cada día con la convicción de que sus hijos estarán bien atendidos. Cuando regresan por la tarde o en plena noche, esos niños han sido amorosamente cuidados por una abuela, que es justamente la suegra de uno de los padres de esas criaturas.

Existe una tendencia en muchos seres humanos a morder la mano generosa tendida para ayudarlos. ¡Cuántas mordidas recibe esa mano que no se queja, ni tiene a quién hacerlo!

Soy un optimista nato y creo en el ser humano. Cierto que el hombre es el único que mata por placer. Ni las fieras matan si no tienen hambre. Los hombres que cazan palomas y ciervos tampoco tienen hambre, pero llevan la miseria en sus corazones.

Algún día no lejano, todas las suegras del mundo, con las naturales y lógicas excepciones propias de la condición humana, recibirán, si no cariño, por lo menos una brizna de gratitud y reconocimiento de parte de yernos y nueras que se sienten con derecho a recibirlo todo y nunca han experimentado devoción ni sentido del deber hacia las madres de sus parejas.

Cada hombre que agravia a su suegra, da una medida de su talla moral.

Dios bendiga a las ancianas que, en su juventud, trajeron a la vida a las mujeres que nos acompañan en el muchas veces doloroso tránsito por la vida, en el que, por cierto, las frutas son para el varón y las espinas para las madres de la mujer que le dio vida a nuestros hijos.